

## Entrevista de don Ramón García a Ramón García a secas

RAMÓN GARCÍA DOMÍNGUEZ



Ramón García Domínguez

**C**omo resulta que soy periodista y soy escritor —eso dicen, al menos, las solapas de mis libros—, voy a desdoblarme en ambos oficios y el Ramón García periodista va a hacer una entrevista al Ramón García narrador o fabulador, ¿vale así?

— ¿Cuándo decidiste escribir para chicos?

— Nunca. Yo lo que quería ser desde pequeño era pirata. Mejor dicho: ¡Capitán pirata! Para recorrer los mares del Sur y correr aventuras mil, naturalmente. Y cogí un día que mi madre se fue a la compra, me planté delante del espejo del baño y comencé a hacerme pirata. Me anudé un pañuelo a la cabeza, me calé un espadón al cinto, me puse un parche en el ojo, un loro parlanchín al hombro y una pata de palo. Con el parche y la pata de palo comencé ya a mosquearme un pelín: no resulta nada cómodo andar por la vida tuerto y cojitranco.

37

¡Pero cuando ya me desanimé por completo fue cuando me encajé el garfio en la mano derecha! Caí al punto en la cuenta de que con el gancho no podía coger el tenedor, pasar las páginas de un libro y, sobre todo, sobre todo, ¡no podía manejar el mando a distancia!

Así es que exclamé: “¡Voto a bríos! —que es lo que exclaman los piratas— ¡No quiero ser pirata, es demasiado complicado!”.

Y fue entonces cuando se me ocurrió dedicarme a ser escritor, oficio parecidísimo al de pirata.

— ¡Ah, ¿síiiiiiiii...?!

— ¡Naturalmente que sí! ¿Para qué quería ser yo pirata, eh, para qué? Para correr aventuras mil, ¿no? ¡Pues haciéndome escritor, con un simple bolígrafo y un cuaderno, podía correr las

---

1. El don Ramón del título se refiere al periodista; el Ramón a secas al narrador. Ya sé que no hacía falta aclararlo, pero...

mismas aventuras, y aun más fantásticas, que siendo pirata. ¡Y sin necesidad de andar con una pata de palo y un ojo chafao!

## **Escribir para niños es de temerarios**

— **Vale, de acuerdo. ¿Pero por qué escritor para chicos, precisamente?**

— Porque eso ya constituye en sí mismo una aventura. Una aventura nueva cada vez, un riesgo que decides afrontar en cada nuevo intento, en cada nuevo libro. Cuando escribes para niños no tienes ni pasado ni futuro literario, te lo juegas todo a una sola carta, a un solo lance, ¡como los intrépidos aventureros!

Escribo para chicos porque soy un temerario, por eso mismo. El niño es el lector más exigente del mundo, el juez más riguroso. No te pasa ni una, ¡y hace santamente! Escribir para él es una prueba de fuego, o sales bien o sales mal parado, no hay “peros” ni paños calientes que valgan. Porque para el niño lector no hay buenos o malos escritores, sólo hay buenos o malos libros, y tanto le da que el libro que tiene entre las manos lo haya escrito un Premio Nobel o el tendero de la esquina, si le gusta lo devora y si es un rollo (¡aun escrito por el Nobel!) lo arrincona o lo tira a la basura.

# 38

## **Me siento libre y transgresor**

— **O sea que el niño no perdona.**

— No, no perdona. ¡A los rollistas, se entiende!

— **En ese caso..., habrá que escribir para él con pies de plomo, ¿no?**

— ¡Ah, no, don Ramón, eso tampoco! Si por algo escribo yo para chicos es porque me siento plenamente libre al hacerlo. ¡Si le he dicho antes a usted que escribir para chicos es como una aventura, nada te da más sensación de libertad que correr aventuras, digo yo! Cuando escribo para chicos puedo soltar cuanto me venga en gana, me valgo de la ocurrencia, del disparate, de la paradoja, puedo tranquilamente hacer hablar a los asnos y enmudecer a los políticos.

En el fondo, fíjese usted, don Ramón, escribir para chicos es como escribir saliéndose del margen, escribir anticonvencionalmente, transgresoramente incluso, algo así como garabatear en las paredes, a hurtadillas, con el riesgo y la tensión de que te pillen.

## **Un juego muy concienzudo**

— **Algo así como... ¿jugar?**

— Sí pero no. Quiero decir que no se trata de un juego banal, sino de un juego muy concienzudo. Jugar es una de las funciones más trascendentales de la vida humana y...

### — Querrás decir de la vida infantil.

— Quiero decir lo que he dicho, y no me interrumpa, por favor. Jugar es una de las funciones más trascendentales de la vida humana y la libertad del escritor es la libertad del jugador vital (¡ahí queda eso!).

A ver si logro explicarme: no se juega “para”, se juega “con”, ¿no es así? Pues tampoco se escribe “para” el niño, se escribe “con” el niño, al menos es lo que yo pretendo. Lo cierto es que ya lo dijo el gran Rodari, pero yo he comprobado día a día que tenía más razón que un santo. “Hay que escribir CON los niños, ENTRE los niños, jugando con ellos”. Y añadía una coletilla total, definitiva: “... en contacto con su mundo cambiante”.

Eso quiere decir que escribir “con” el niño, narrar “con” el niño es negarse de antemano a admitir nada como preestablecido, como convencional, como normativo, como inamovible, porque cada vez que te pongas a narrarle un cuento, todo va a depender de su estado de ánimo en ese momento, de su respuesta puntual, de su co-narratividad, si usted, don Ramón, me permite semejante palabra. ¡Exactamente igual que cuando juegas “con” él!

### — En SINTONÍA con el niño, quieres decir, ¿no es eso...?

— ¡Justamente, en SINTONÍA con el niño, ha dado usted con el término justo, don Ramón, cómo se nota que es usted periodista! Tienes que escribir en absoluta SINTONÍA con tu lector, en un plano tal de igualdad que consigas alcanzar ese lenguaje cómplice en el que no se sepa ni distinga el papel del narrador y el papel del receptor o lector.

39

## De viva voz

### — Pero se diría que eso, más que escribir es... hablar.

— Narrar, sí, señor, contar. Un libro, en efecto, debe hablar, las historias que en él se cuentan deben estar contadas de VIVA VOZ, más que escritas y fosilizadas. Un libro que no habla es para mí un mal libro. “Prefiero un libro que hable como un hombre, que no un hombre que hable como un libro”, decía el agudísimo Unamuno. Pues esto es aplicable especialmente al campo de la literatura infantil. Los libros para este género de lectores deben “hablar” como un hombre, como un contador de cuentos que narra, musita, modula, se emociona, matiza, enfatiza, canta, gime, ulula, ríe, llora, se para, corre, se sofoca, resopla, pregunta, responde, asusta, reconforta, comparte, secretea, se alarga, se acorta, se suspende en el aire hasta perderse, perderse y perderse... entre las nubes y el arco iris del colorín colorado.

VIVA VOZ quiere decir precisamente lo que dice: VOZ VIVA, VIVA, que sería lo contrario de LETRA MUERTA, aquella letra con la que quizá están escritos no pocos libros infantiles. ¡Y otros que lo están tan de VIVA VOZ que se oyen nada más cogerlos del estante de la biblioteca, *Alicia en el país de las maravillas*, por ejemplo, en el que se oye hablar, cantar, correr, reír...!

Miguel de Unamuno, a quien acabo de citar hace casi nada, en un ingenioso artículo que publicó en la revista *Caras y caretas* de Buenos Aires, en 1921, y que se titulaba (fíjese qué a

propósito, don Ramón) “Juegos de palabras”, escribía en relación a la LETRA MUERTA y hasta “enterrada”: “Las cosas más profundas del lenguaje suelen decir las los niños, pero es porque son los que más libremente lo crean. El lenguaje más vivo es el infantil. Y *por eso hay tan pocos escritores que sepan hacer hablar a los niños*. Porque el niño habla, crea, y el escritor escribe, entierra lo creado”.

## Personaje-lector: intercambiables

— **Es, pues, difícil escribir para o “con” los chicos, por lo que veo...**

— Bueno, no sé. Miguel Delibes dice que “es un don, como la poesía, que no está al alcance de cualquiera”. Pero a lo mejor no es para tanto, a lo mejor sólo consiste en saber ponerse en ese tú a tú con el lector, en esa *sintonía* de la que hablábamos antes, que logre conseguir que lector y personaje sean prácticamente una misma cosa. Yo, al menos, es lo que pretendo: Que mis personajes y mis lectores sean intercambiables. O dicho de forma “fantástica”: Que un personaje mío se salga del libro, lo coja y se ponga a leerlo, mientras el lector que le ha cedido el libro se meta dentro y ocupe, sin la menor merma ni reparo, el lugar del personaje. Porque quiero que ambos sean iguales, vaya, que hablen igual, que se vistan igual, que las cosas que le pasen a uno puedan pasarle o incluso le hayan pasado al otro, y que al final ninguno de los dos distinga quién es quién mientras dura la lectura.

— **Que hablen igual, que se vistan igual... No has dicho que piensen igual...**

40

— ¡Ah, no, don Ramón, eso nunca! No lo he dicho ni lo diré. Que personaje y lector tengan los mismo “rollos”, que estén en la misma onda, no quiere decir que tengan que pensar lo mismo o tomar la misma postura u opinión sobre lo que ocurre en mi libro. Yo lo que busco es precisamente lectores autónomos, independientes y comprometidos. No lectores pasivos ni condescendientes. Por eso en algunas de mis historias no hay desenlaces convencionales y de “colorín colorado”, quiero que el lector tome postura, se moje. Cuando hablo en los colegios con los niños y me preguntan cómo termina una historia que yo he dejado en puntos suspensivos, siempre les contesto que no lo sé, que allá cada lector.

## Niños indóciles

— **¡Pero siempre se había dicho que la educación del niño debe ser clara y sólida, no ambigua!**

— ¿Y quién está hablando de educación, eh? Estamos hablando de literatura, que es lo mismo que hablar de libertad y de independencia. Incluso de disidencia. Yo prefiero un lector que piense y disienta, no que diga a todo que sí, para eso ya está la imagen...

— **¡Ya salió la televisión!**

— Yo no la he mencionado, don Ramón, ha sido usted. Yo sólo he dicho que la imagen genera docilidad y la literatura indocilidad y fantasía.

— A ver, a ver... ¿la fantasía es, entonces, lo contrario de la docilidad?

— Naturalmente. Y del dogma. La imagen es dogmática e inapelable, incuestionable. La imagen secuestra la imaginación. Mejor dicho, la alucinación. El niño es un ser alucinado por naturaleza, como D. Quijote. Pero la imagen inmutable y obvia lo “desalucina”. El niño-qui-jote que no lee, que sólo VE, ya no es capaz de imaginar GIGANTES en los molinos. ¡Para qué, si la imagen le da los molinos convertidos en gigantes sin ninguna aportación ni esfuerzo personal! El molino ya es gigante, no hay que transformarlo.

## Renata y sus etcéteras

— Háblanos un poco de lo último que has publicado y de lo que estás escribiendo.

— Acaba de aparecer una segunda novela con mi personaje Renata, que nació allá por el 93 y ha corrido una insólita suerte entre los lectores. Lectores chicos y grandes, pues la han leído también muchos papás y mamás. Hablo de *Renata toca el piano, estudia inglés y etcétera, etcétera, etcétera*. Este segundo libro quiere ser la antítesis del primero, ya el título lo proclama: *Renata juega al pringate, al balón, etc., etc., etc.*

— ¿Al “pringate”, qué juego es ése?

— El derecho a mancharte de tierra y de barro sin que te riñan ni te castiguen. Quiere ser un sinónimo de libertad y de espontaneidad.

Pero junto al personajes de Renata, ya para mí entrañable, acabo de inventarme otro que me ha salido de órdago. No, no se ha publicado todavía en libro, sino en las páginas de un periódico de Valladolid, donde vivo. Una novela por entregas, vaya. Se trata de un chico feo. Se llama Catulo (como el poeta latino) y le apodan “Caraculo”. El título de la novela es precisamente ése: *CATULO CARACULO: Memorias de un chico feo*. Y creo que me ha salido un libro venenoso y lírico a la vez. Una pasada.

En cuanto a lo que estoy ahora escribiendo, sólo puedo decir que quiere ser un canto desafortado a la imaginación. Si mis “Renatas” han sido un panegírico al juego (¡que nos quiten lo jugao!), este relato va a ser una apología desmadrada de la fantasía. Pero todo está aún en ciernes...

· ¿Puedo hacerte, para terminar, una pregunta comprometida?

· Usted dirá, don Ramón.

— ¿Cuáles son tus preferencias en esto de la literatura infantil y juvenil?

— ¡Puf, si yo le contara a usted la de escritores y libros que me gustan...! Pero sólo le voy a citar dos escritores muy jovencitos —puede que hasta ni le suenen, por lo nuevos que son— que están entre mis preferidísimos: Antoniorrobles y Astrid Lindgren.

